



Si, una sociedad que admite la miseria; si, una humanidad que admite la guerra me parecen una sociedad y una humanidad inferiores; es hacia la sociedad ideal, hacia la humanidad ideal que yo voy, sociedad sin reyes, humanidad sin fronteras.

EPICTETO

CRONICA semanal DE LAS DIFICULTADES de un cronista

Los acontecimientos se suceden de tal manera, y son tan contradictorios, que se hace sumamente difícil mantener una cronica de actualidad en un semanario.

Los primeros dias de esta semana parecian ser portadores de una corta tregua en lo que a la tension internacional se refiere. Pero he aquí que, llegados a la mitad de la misma semana, las cosas cambian subitamente y el panorama internacional se ensombrece.

¿Qué ha acontecido para que se produzca cambio tan repentino? Nada, O, simplemente, que a un señor se le ha antojado desear el fruto de los antojos de otro. Y ya tenemos el porque de la inopinada bifurcación en materia de política internacional.

Pero, ¿qué hacer?, se pregunta el cronista en tal ocasión. Porque, a lo mejor, pasado mañana se les antoja a los mencionados señores encausar los acontecimientos por nueva senda, y en ese caso, ¿pobre cronica de actualidad!

Lo lamentable es que encañonada a la actualidad ya la vida de los pueblos. Y es más lamentable todavía que los pueblos no se mareaen con los bruscos cambios de orientación a que los someten. Si se marearan, tendríamos la esperanza de que se decidieran ellos a coger por su cuenta el timón y a tirar al timonel por la borda. No acontece, desgraciadamente, circunstancia tal, y el cronista, no por cronista, sino por hombre, véase en trance apurado. Como los demás.

Así es que la actualidad depende ahora de los antojos de un reducido número de señores. Y desaparece a veces con más facilidad que llega.

La tregua, a la que nos referimos en las primeras líneas de esta cronica, debia producirse a tenor de una proposición de los Estados Unidos relativa a las operaciones de Corea. Y no se ha producido porque Pekín ha considerado que podía sacar mejor partido de la situación. Y mientras el «señor y antoja» se producía, seguían sin alijar los cañones en la ya estéril península asiática.

Pero mientras no se supo la respuesta de Pekín, era lícito pensar que acaso encontrarán terreno de «entente» los dos países directamente beligerantes. Corea—no sé si será necesario decirlo—no tiene nada que ver con ese problema, o por lo menos así lo parece. Y las gentes, los operarios, se ultran, se frustran de gusto las manos ante la perspectiva feliz de poder oír, por el Radio, algo no relativo a los progresos de la ciencia bélica y a las posibilidades que tiene la bomba H de ensoberbecernos con su escañallo. Desgraciadamente, no es así. Dos o tres días después de constatar que el término bajaba, intempestivamente, sobre hasta los propios límites de su resistencia, Pekín ha contestado.

Y ahora el problema queda planteado: ¿Qué va a pasar mientras el linotipista confecciona en su maravillosa máquina esta cronica? ¿Qué ocurrirá luego, cuando el tipógrafo exagila de las «causas» las letras para confeccionar el periódico? ¿Y después, cuando el maquinista imprima nuestro semanario? Nadie lo sabe. Nadie puede predecirlo. Porque los continentes no están seguros, ninguno de ellos, de la victoria.

No sé, no sé, no sé, estamos seguros de la derrota de todos. Incluso de la del cronista, que no sabe si su cronica caerá de actualidad cuando llegue a manos de los lectores.

Jean VALJEAN.

TEMAS PARA VIEJOS Y JOVENES

ROMPER una lanza en favor de la organización juvenil no estará de más habida cuenta de que todavía perdura la injustificada manía que impugna a muchos grupos de jóvenes, infundiendo en torno a nuestras ideas, impositivamente todo trabajo ordenado, metódico, en pos de nuestros objetivos de capacitación y educación.

La costumbre de hablar filosóficamente a los jóvenes, cuando los jóvenes carecen de la más elemental preparación, nos aleja de cuanto deberíamos alcanzar si partiéramos, en nuestros intentos de una buena técnica a la mentalidad de la juventud obrera.

Estamos lejos, en muchas ocasiones, de aquella época en que en los sindicatos ajenos existía un ímpetu generoso en la vida militante orientado hacia la juventud que acudía a nuestros medios. No existe, como entonces, aquella hermandad que vinculaba entre sí a todos los compañeros. Nuestra cortejo de voluntarios ha variado considerablemente, y ha perdido mucho de su valor. Acaso por ello vamos perdiendo eficiencia en nuestra acción por abrir nuevas perspectivas al hombre.

Eliseo Reclus decía: «Si la juventud supiese y si la vejez pudiese». La juventud con su entusiasmo, con su esfuerzo, con su voluntad, con su energía, pesa de todo, de la felicidad. Y se encuentra lejos quizás porque no evoluciona con la rapidez necesaria; quizás porque el estudio no leña el valor de su fuerza inaprovechada; quizás porque ha desaparecido aquel ímpetu generoso del que más arriba hablamos. No es necesario más que lanzar una mirada retrospectiva a nuestros primeros pasos por la organización juvenil, hacer un recuento del camino, ya largo para algunos, que hemos recorrido, y veremos cómo nuestros amigos de ayer, espíritus ávidos de hoy, son los mismos que todo libertario ha sentido y por los que todos hemos luchado. Sin embargo, no parece razón suficiente sea anhelado común, para hacer que todos comprendamos la necesidad de apoyar nuestros esfuerzos como lo hicieron en el pasado aquellos militantes que integraban los sindicatos y los ateos.

Pensamos con Fabi que «a organización...»

EL CATOLICISMO HISPANO O LA ALEGRIA de los cuervos

Y a va durando en exceso la macabra y falaz alegría que denota la España fascista. Parece como si la súbita claudicación de los Estados democráticos, en aras del dios de la guerra, hubiere abierto un paréntesis de euforia entre los verdugos de Falange.

La Radio y la Prensa nos aportan datos que parecen corroborar nuestra aseveración, pues por lo visto, o por lo oído y lo leído—que en esta ocasión, y en ciertos aspectos, no debe distar mucho de la realidad—, el falangismo se siente más tranquilo ante la perspectiva de los frutos que, mediante su habilidosa especulación y la cobarde determinación de las «Naciones Unidas», piensa obtener de manos del capitalismo yanqui.

De la alegría fascista participan, en buen grado, los ensotados españoles; y entre ellos—y con mayores razones—aquellos adoradores profesionales de ídolos que integran la fatídica Campaña de Jesús.

En España se habla de «razón» y de «realidades»; y al decir razón se refieren a Franco, y al hablar de realidades, al falangismo. Pero, ¿quién habla? Porque el Pueblo permanece callado, permanece en un silencio angustioso, símbolo del terror que inspiran los que hablan.

Los ediles de Franco tratan de hacer comulgar al Pueblo español con triples ruedas de molino, y, no conformes con discursar en torno a las determinaciones de la O.N.U., se sienten guita y seña de la ola anticomunista que corre hoy por el mundo. Como si fuese el bolchevismo lo que ellos combatieran en España; como si no fuesen las libertades del Pueblo español lo que abascan; como si no se tratase, el régimen franquista, de la más feroz expresión del totalitarismo.

Los discursos y las manifestaciones se suman por decenas en estas últimas semanas. Y no hay paladin del fascismo, ni púlpito o trinchera clerical, que no haya servido para disparar sobre la opinión las notas de una letanía discordante, cantada en honor del «triumfo» que la demencia de los hombres de Estado ha servido, en bandeja, al fascismo.

La España fascista, no cabe duda, posee su mejor aliado, su mejor servidor, en la magia negra del españolismo católico. Y es esa fuerza obscura, vinculada a Roma, la que con mayor calor aporta su colaboración a la obra reivindicadora del fascismo y de lo que él significa.

Entre humo de incienso el clero español canta loas al régimen, como en otras ocasiones, entre humo de pólvora, cantó loas a sus privilegios por las troneras de los campanarios. Jamás ha sido otra cosa el clero que la vanguardia de la reacción. Y desde los templos preteritos de Torquemada hasta nuestros días no ha hecho otra cosa que acumular crímenes, morales y materiales, en su fatídica historia.

La Iglesia en España sabe que está condenada, como lo está el fascismo, por muchas pirañas que haga el capitalismo internacional para evitar su ruina, y puesto que sabe el destino que el Pueblo español le reserva, es comprensible que trate de demorar su fin respaldando los altos poderes fascistas, el Estado fascista, porque en ese mutuo apoyo reside la única posibilidad de que sigan, el Estado y la Iglesia, avasallando al Pueblo español.

Es cierto—como decimos al principio de este editorial—que ya dura en exceso la macabra y falaz alegría del fascismo hispano, y en exceso dura la satisfacción de los cuervos de la Iglesia.

La Historia no se forma sólo de alegrías criminales; se forma también de santas explosiones de ira, que van tumbándose poco a poco en los corazones de los hombres dignos. Y cuando llega el día, cuando llega la hora, el instante supremo de la ira de un Pueblo, caen los campanarios envueltos en nubes de humo, que no es humo de pajas, como los discursos de los jesuitas, ni humo de incienso, como el que utiliza el clero para glorificar al mayor criminal que ha existido en España.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

CLAUDICACION DE INTELLECTUALES

No hay espectáculo más doloroso que el que ofrece aquellos intelectuales que después de darse a conocer durante un tiempo como abanderados de ideales que dignifican, terminan por caer en la más denigrante de las claudicaciones: la que consiste al hombre en adulon de los poderosos de la hora, la que le hace servir a una causa que antes combatiera como delito de lesa humanidad.

Intelectuales que olvidan su formación, y se actúan de que, por un cambio de la paga de servicios lucrar, se pague a quienes están en el poder y sumen el coro que aplaude el desprecio; intelectuales que usan su pluma y su cerebro para exaltar doctrinas y métodos, hombres y hechos, que sofocan la libertad y desvían al pueblo del verdadero camino de su redención; intelectuales que se hacen cómplices de la monstruosa máquina que pretende fabricar una cultura oficial, matando la inteligencia y el sentimiento del hombre, que necesita para salir toda-

UN examen circunspuesto y efectivo de aquellos hechos sociales que tienen cierta repercusión, atestiguan de una manera palmaria que con bastante queda más desvalida la gestión individual. Sólo de vez en cuando, no muy a menudo, alguna personalidad relevante atrae la atención y promueve el interés cerca de determinados sectores del público. Cabe aseverar que la individualidad hallase, ahora, constreñida a plegarse casi por entero al medio circundante, atenuando su conducta a las necesidades imperiosas que, incluso en determinadas ocasiones, ejerce una influencia avasalladora, aun en los ámbitos mejor templados y más cultos y diligentes.

Cuanto estamos en la vida pública nos vemos siempre, en mayor o menor medida, supeditados a los designios misteriosos de las cosas. Esto es inevitable y ajeno a nuestra arbitrio. Estamos, pues, las más de las veces, forzados a movernos en un área harto reducida, sometidos a influencias avasalladoras. Por consiguiente, el esfuerzo individual, por vigoroso que sea, se ha de circunscribir a intentar la consecución de los objetivos que más se compajen con nuestras inclinaciones, preferencias y simpatías, y que mejor se acomoden a las aptitudes y a la verdadera vocación, suponiendo que la hayamos descubierto y nos esforcemos por acrecerla, cultivándola.

Orientados, hallar la senda venturosa y discursar por ella holgadamente, que lo ser tarea difícil, pero es, ordinariamente, la única que puede conducirnos a convertir en realidad viva el ideal suspirado.

Los pedagogos expertos aconsejan muy atinadamente que, antes de adoptar una actitud, es indispensable y conveniente el profundizar en el examen del problema que las vicisitudes inherentes a la vida planteamos, y que, al tratar de resolverlo en definitiva, hemos de reflexionar las consecuencias que puedan acarrear el dejarse llevar por el apresuramiento, y de ahí que la duda y la vacilación sean elementos de juicio que nos menesten para que las determinaciones no sean resultado de no haber deliberado con acuidad.

Nada más sencillo ni más simple que abrigar un propósito generoso, que nuestro más vehemente impulso nos lleve a desear con ansia, infundidos por la angustia fascinadora que en nuestro «ego» ejercen las tendencias que predominan en el círculo de nuestras relaciones. Pero sólo es fecundo aquel esfuerzo que se lleva a cabo con objeto de lograr una finalidad para la cual nos hallamos bien dispuestos y en condiciones adecuadas para sobrepasar a todas las contingencias que nos salgan al paso, por creemos capacitados y con plena comprensión, para salir indemnes de los riesgos y peligros que puedan sobrevenir.

A menudo, las gentes más reacias a acatarse proyectos que las que menos se distinguen por su perspicacia, sus dotes geniales, su energía alentadora y su visión del futuro inmediato. Los individuos mejor preparados dependen a la parquedad y prefieren rebase con sus actos los planes que se trazaran. Los espíritus ágiles y trabajadores por la inquietud suelen ser modestos y aun humildes, pecan de recatados y sienten horror por todo cuanto signifique vanidad y afán deslumbrador. No aspiran a ser admirados.

Nada más sencillo ni más simple que abrigar un propósito generoso, que nuestro más vehemente impulso nos lleve a desear con ansia, infundidos por la angustia fascinadora que en nuestro «ego» ejercen las tendencias que predominan en el círculo de nuestras relaciones. Pero sólo es fecundo aquel esfuerzo que se lleva a cabo con objeto de lograr una finalidad para la cual nos hallamos bien dispuestos y en condiciones adecuadas para sobrepasar a todas las contingencias que nos salgan al paso, por creemos capacitados y con plena comprensión, para salir indemnes de los riesgos y peligros que puedan sobrevenir.

A menudo, las gentes más reacias a acatarse proyectos que las que menos se distinguen por su perspicacia, sus dotes geniales, su energía alentadora y su visión del futuro inmediato. Los individuos mejor preparados dependen a la parquedad y prefieren rebase con sus actos los planes que se trazaran. Los espíritus ágiles y trabajadores por la inquietud suelen ser modestos y aun humildes, pecan de recatados y sienten horror por todo cuanto signifique vanidad y afán deslumbrador. No aspiran a ser admirados.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

Y ese momento llegará, tiene que llegar, porque la Historia se repite, y se repetirá hasta que los Pueblos dejen hundirse a la Sociedad capitalista en todas sus formas y expresiones: roja, blanca y negra; fascista, bolchevique y seudodemocrática.

terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llevales a razonar, de un modo minucioso, la aquil de ser de las cosas, por trascendentes que sean. Incitales a la terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

Graham Greene se plantea un caso parecido. Su catolicismo—posición, lo repetiré, en el existencial—disto mucho de plantear un «no más allá» a su arte: queda éste explicado, patentes su contenido y su dirección, pero jamás empujado o anulado por su sentido apostólico. Greene ha encontrado la forma de buscar a Dios sin que la búsqueda se convierta en demostración teológica; y sin que la figura de Cristo reduzca a simples sombras el contorno de los personajes. Hay en su catolicismo—con todo lo que el catolicismo implica de rígido y uniforme—una misteriosa facultad para captar las contradicciones del hombre; y, al mismo tiempo, una actitud constante para asimilar lo divino a la vida diaria, para negar lo ferocemente absoluto de la santidad.

«El revés de la trama» es una historia simple. Scobie, el héroe, no es un hombre extraordinario; ni lo bastante inteligente para conocer sus límites—sólo la experiencia le da ese conocimiento, y la experiencia es casi siempre tardía—; ni lo bastante vulgar para ser feliz en su mediocridad. Un hombre cuyo mundo comienza y termina en la rutina de su trabajo y de su hogar; automático en el cumplimiento de un deber oficial y un íntimo, este último más doloroso y difícil que aquél. Hasta la desdicha ha llegado a ser en él un sentimiento rutinario, una sensación de vacío repetida mil veces; y el drama de la desdicha, que en su familiaridad lo torna diario y vulgar; la angustia verdadera sólo nace en lo desconocido, en la hora que no puede preverse ni retardarse.

Es la idea del deber, ante todo, la que detiene a Scobie; a cada instante viene en su ayuda—tal vez para atarlo a su destino, para colaborar a su resignación—y le facilita la tarea de llevar a cabo su papel. Cuando viene en el rostro de su esposa, cuando se acerca a ella, cuando se acerca a la duricia, no puede menos de compararlo tristemente con el rostro ingenuo de la juventud, virgen de la pesada experiencia que habría de cambiarlo más tarde; y, sin embargo, Scobie no se lamenta, ni se atreve a rebelarse contra el presente; se siente responsable del cambio sufrido por Luisa, compártelo el delito de haber permitido la pérdida de la bella y virtuosa: «Tenía conciencia de su propia responsabilidad. Él le había marcado el camino; toda la experiencia que ella había recibido era la que él le había dado. Él le había formado el rostro...»

En torno a Scobie ha de tejerse una trama más de fatalidades. La angustia deja de ser un fenómeno diario; habitual, y se presiente entonces con la agudeza de la novedad: la rutina de soportar una vida matrimonial fracasada, desemboca en el drama de no poder ya prolongar la sumisión. En las escenas entre Scobie y Luisa—dicho sea de paso, las más hermosas y tensas del libro—ha aparecido un nuevo factor que relega a segundo término la tradicional y vieja culpa de antaño: habiendo conocido en su vida un nacido en él la convicción de que la felicidad no puede construirse con mentiras para salvar un hogar perdido. Ni tampoco con el hundimiento completo de ese hogar—hundimiento de Luisa—y el comienzo de otra vida.

No es sólo el vínculo religioso el que le impide renegar de un matrimonio estéril; es la figura de Luisa, que él abandona representando una normal condena a la soledad absoluta: ha sido Scobie el único, durante largos años, que le ha evitado el terrible aislamiento en un mundo que no tolera la huida. No, no podía Scobie vivir sabiendo a Luisa indefensa, mientras él construía su nuevo refugio; tal solución sería otra tragedia, quizás peor que la diaria mena de antes y la tortura actual.

Llega entonces el suicidio. Y llega a él pese a su catolicismo, pese a su certitud íntima de ser condenado al castigo eterno. Justamente por eso lo hace: sabiendo que no puede ya alcanzar la paz en su vida—no obstante haberla alcanzado siempre, tal vez por rutina también—, quiere ponerle fin a su combate, para el momento, que ha entablado contra sí mismo. Se sabe analizar, y dice entonces: «... No puedo abandonarla a ninguna de las dos, mientras viva, pero puedo morir y arrancarme a la corriente de su sangre. Están enfermas de mí, y puedo curarlas. Y tú también, Dios. Estás enfermo de mí, No te pido que me perdones. Pero tú estarás en paz cuando yo esté fuera de la vida...»

Valdría el libro aunque sólo fuera por esa concepción mística del suicidio: un crimen contra Dios que, al mismo tiempo, intenta ser ofrenda masajosa a su pureza. Scobie se condena irremediablemente, pero el acto se le aparece como imprescindible para cortar de raíz su cotidiano pecado y ofrecer al ser supremo. Perdiéndose él, termina la humillación que ha infligido a la fe.

Tal actitud—me apresuro a decirlo—muere de lleno con la ortodoxia de la Iglesia, que ha visto siempre en la muerte voluntaria un pecado sin atenuantes. Graham Greene—novelista de un talento al que no puede escudarse en el arte—se declara despreciativo de la religión; religiosa, es cierto, pero lo suficientemente herética para ser humana.

Ricardo Mejías Peña

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

Graham Greene se plantea un caso parecido. Su catolicismo—posición, lo repetiré, en el existencial—disto mucho de plantear un «no más allá» a su arte: queda éste explicado, patentes su contenido y su dirección, pero jamás empujado o anulado por su sentido apostólico. Greene ha encontrado la forma de buscar a Dios sin que la búsqueda se convierta en demostración teológica; y sin que la figura de Cristo reduzca a simples sombras el contorno de los personajes. Hay en su catolicismo—con todo lo que el catolicismo implica de rígido y uniforme—una misteriosa facultad para captar las contradicciones del hombre; y, al mismo tiempo, una actitud constante para asimilar lo divino a la vida diaria, para negar lo ferocemente absoluto de la santidad.

«El revés de la trama» es una historia simple. Scobie, el héroe, no es un hombre extraordinario; ni lo bastante inteligente para conocer sus límites—sólo la experiencia le da ese conocimiento, y la experiencia es casi siempre tardía—; ni lo bastante vulgar para ser feliz en su mediocridad. Un hombre cuyo mundo comienza y termina en la rutina de su trabajo y de su hogar; automático en el cumplimiento de un deber oficial y un íntimo, este último más doloroso y difícil que aquél. Hasta la desdicha ha llegado a ser en él un sentimiento rutinario, una sensación de vacío repetida mil veces; y el drama de la desdicha, que en su familiaridad lo torna diario y vulgar; la angustia verdadera sólo nace en lo desconocido, en la hora que no puede preverse ni retardarse.

Es la idea del deber, ante todo, la que detiene a Scobie; a cada instante viene en su ayuda—tal vez para atarlo a su destino, para colaborar a su resignación—y le facilita la tarea de llevar a cabo su papel. Cuando viene en el rostro de su esposa, cuando se acerca a ella, cuando se acerca a la duricia, no puede menos de compararlo tristemente con el rostro ingenuo de la juventud, virgen de la pesada experiencia que habría de cambiarlo más tarde; y, sin embargo, Scobie no se lamenta, ni se atreve a rebelarse contra el presente; se siente responsable del cambio sufrido por Luisa, compártelo el delito de haber permitido la pérdida de la bella y virtuosa: «Tenía conciencia de su propia responsabilidad. Él le había marcado el camino; toda la experiencia que ella había recibido era la que él le había dado. Él le había formado el rostro...»

En torno a Scobie ha de tejerse una trama más de fatalidades. La angustia deja de ser un fenómeno diario; habitual, y se presiente entonces con la agudeza de la novedad: la rutina de soportar una vida matrimonial fracasada, desemboca en el drama de no poder ya prolongar la sumisión. En las escenas entre Scobie y Luisa—dicho sea de paso, las más hermosas y tensas del libro—ha aparecido un nuevo factor que relega a segundo término la tradicional y vieja culpa de antaño: habiendo conocido en su vida un nacido en él la convicción de que la felicidad no puede construirse con mentiras para salvar un hogar perdido. Ni tampoco con el hundimiento completo de ese hogar—hundimiento de Luisa—y el comienzo de otra vida.

No es sólo el vínculo religioso el que le impide renegar de un matrimonio estéril; es la figura de Luisa, que él abandona representando una normal condena a la soledad absoluta: ha sido Scobie el único, durante largos años, que le ha evitado el terrible aislamiento en un mundo que no tolera la huida. No, no podía Scobie vivir sabiendo a Luisa indefensa, mientras él construía su nuevo refugio; tal solución sería otra tragedia, quizás peor que la diaria mena de antes y la tortura actual.

Llega entonces el suicidio. Y llega a él pese a su catolicismo, pese a su certitud íntima de ser condenado al castigo eterno. Justamente por eso lo hace: sabiendo que no puede ya alcanzar la paz en su vida—no obstante haberla alcanzado siempre, tal vez por rutina también—, quiere ponerle fin a su combate, para el momento, que ha entablado contra sí mismo. Se sabe analizar, y dice entonces: «... No puedo abandonarla a ninguna de las dos, mientras viva, pero puedo morir y arrancarme a la corriente de su sangre. Están enfermas de mí, y puedo curarlas. Y tú también, Dios. Estás enfermo de mí, No te pido que me perdones. Pero tú estarás en paz cuando yo esté fuera de la vida...»

Valdría el libro aunque sólo fuera por esa concepción mística del suicidio: un crimen contra Dios que, al mismo tiempo, intenta ser ofrenda masajosa a su pureza. Scobie se condena irremediablemente, pero el acto se le aparece como imprescindible para cortar de raíz su cotidiano pecado y ofrecer al ser supremo. Perdiéndose él, termina la humillación que ha infligido a la fe.

Tal actitud—me apresuro a decirlo—muere de lleno con la ortodoxia de la Iglesia, que ha visto siempre en la muerte voluntaria un pecado sin atenuantes. Graham Greene—novelista de un talento al que no puede escudarse en el arte—se declara despreciativo de la religión; religiosa, es cierto, pero lo suficientemente herética para ser humana.

Ricardo Mejías Peña

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

Graham Greene se plantea un caso parecido. Su catolicismo—posición, lo repetiré, en el existencial—disto mucho de plantear un «no más allá» a su arte: queda éste explicado, patentes su contenido y su dirección, pero jamás empujado o anulado por su sentido apostólico. Greene ha encontrado la forma de buscar a Dios sin que la búsqueda se convierta en demostración teológica; y sin que la figura de Cristo reduzca a simples sombras el contorno de los personajes. Hay en su catolicismo—con todo lo que el catolicismo implica de rígido y uniforme—una misteriosa facultad para captar las contradicciones del hombre; y, al mismo tiempo, una actitud constante para asimilar lo divino a la vida diaria, para negar lo ferocemente absoluto de la santidad.

«El revés de la trama» es una historia simple. Scobie, el héroe, no es un hombre extraordinario; ni lo bastante inteligente para conocer sus límites—sólo la experiencia le da ese conocimiento, y la experiencia es casi siempre tardía—; ni lo bastante vulgar para ser feliz en su mediocridad. Un hombre cuyo mundo comienza y termina en la rutina de su trabajo y de su hogar; automático en el cumplimiento de un deber oficial y un íntimo, este último más doloroso y difícil que aquél. Hasta la desdicha ha llegado a ser en él un sentimiento rutinario, una sensación de vacío repetida mil veces; y el drama de la desdicha, que en su familiaridad lo torna diario y vulgar; la angustia verdadera sólo nace en lo desconocido, en la hora que no puede preverse ni retardarse.

Es la idea del deber, ante todo, la que detiene a Scobie; a cada instante viene en su ayuda—tal vez para atarlo a su destino, para colaborar a su resignación—y le facilita la tarea de llevar a cabo su papel. Cuando viene en el rostro de su esposa, cuando se acerca a ella, cuando se acerca a la duricia, no puede menos de compararlo tristemente con el rostro ingenuo de la juventud, virgen de la pesada experiencia que habría de cambiarlo más tarde; y, sin embargo, Scobie no se lamenta, ni se atreve a rebelarse contra el presente; se siente responsable del cambio sufrido por Luisa, compártelo el delito de haber permitido la pérdida de la bella y virtuosa: «Tenía conciencia de su propia responsabilidad. Él le había marcado el camino; toda la experiencia que ella había recibido era la que él le había dado. Él le había formado el rostro...»

En torno a Scobie ha de tejerse una trama más de fatalidades. La angustia deja de ser un fenómeno diario; habitual, y se presiente entonces con la agudeza de la novedad: la rutina de soportar una vida matrimonial fracasada, desemboca en el drama de no poder ya prolongar la sumisión. En las escenas entre Scobie y Luisa—dicho sea de paso, las más hermosas y tensas del libro—ha aparecido un nuevo factor que relega a segundo término la tradicional y vieja culpa de antaño: habiendo conocido en su vida un nacido en él la convicción de que la felicidad no puede construirse con mentiras para salvar un hogar perdido. Ni tampoco con el hundimiento completo de ese hogar—hundimiento de Luisa—y el comienzo de otra vida.

No es sólo el vínculo religioso el que le impide renegar de un matrimonio estéril; es la figura de Luisa, que él abandona representando una normal condena a la soledad absoluta: ha sido Scobie el único, durante largos años, que le ha evitado el terrible aislamiento en un mundo que no tolera la huida. No, no podía Scobie vivir sabiendo a Luisa indefensa, mientras él construía su nuevo refugio; tal solución sería otra tragedia, quizás peor que la diaria mena de antes y la tortura actual.

Llega entonces el suicidio. Y llega a él pese a su catolicismo, pese a su certitud íntima de ser condenado al castigo eterno. Justamente por eso lo hace: sabiendo que no puede ya alcanzar la paz en su vida—no obstante haberla alcanzado siempre, tal vez por rutina también—, quiere ponerle fin a su combate, para el momento, que ha entablado contra sí mismo. Se sabe analizar, y dice entonces: «... No puedo abandonarla a ninguna de las dos, mientras viva, pero puedo morir y arrancarme a la corriente de su sangre. Están enfermas de mí, y puedo curarlas. Y tú también, Dios. Estás enfermo de mí, No te pido que me perdones. Pero tú estarás en paz cuando yo esté fuera de la vida...»

Valdría el libro aunque sólo fuera por esa concepción mística del suicidio: un crimen contra Dios que, al mismo tiempo, intenta ser ofrenda masajosa a su pureza. Scobie se condena irremediablemente, pero el acto se le aparece como imprescindible para cortar de raíz su cotidiano pecado y ofrecer al ser supremo. Perdiéndose él, termina la humillación que ha infligido a la fe.

Tal actitud—me apresuro a decirlo—muere de lleno con la ortodoxia de la Iglesia, que ha visto siempre en la muerte voluntaria un pecado sin atenuantes. Graham Greene—novelista de un talento al que no puede escudarse en el arte—se declara despreciativo de la religión; religiosa, es cierto, pero lo suficientemente herética para ser humana.

Ricardo Mejías Peña

de nuestro siglo

"LOS REYES DE LA TRAMA"

de Graham Greene

«... Salí del confesionario y se arrojó nuevamente; también era parte de la rutina. Para un monje, parecía que Dios era demasiado accesible. No había dificultades para acercarse a él. Como un demagogo popular, a cualquier hora, cualquiera de sus partidarios tenía acceso a él. Alzando la vista hacia la cruz, pensó: Hasta sufre en público...» (LIBRO II).

GRAHAM GREENE es uno de los grandes novelistas contemporáneos que —al igual que Mauriac, con quien a veces se lo ha comparado— defiende ardientemente la ética cristiana. Católico convencido, la convicción equivale en él a un apostolado: el arte sirve de vehículo a su predicación y a su concepción religiosa del hombre y el mundo. Detrás de cada personaje suyo no detrás: dentro, en él mismo—está Dios; y el pecado, y la santidad, y la lucha—que no siempre es triunfo—para escapar al castigo divino. Sus novelas son intentos para situar al hombre en el reino de Cristo; y para hacerle aceptar, además, la tabla de valores creada por el mundo católico. El arte, en Greene, es una aspiración que tiene a purificar la Humanidad por el camino de la gracia. Para vencer al ángel mal y conseguir la máxima abstracción.

Esa actitud, sin conocer la cual mal podría comprenderse la obra del autor inglés, no representa, sin embargo, una frontera que limite su arte. El punto es delicado y exige alguna reflexión: el exaltado puritano de racionalismo ateo—tan peligroso como cualquier dogma cuando rodea la exageración—suele conducir no pocas veces a una rotunda impugnación de toda creación artística que responda a un aliento antagónico. Tal posición, en la que lo religioso adquiere una extraña identidad con lo herético, posee una lógica inmanejable. La obra de Greene, que caracteriza en general el pensamiento católico: un arte ortodoxo y, en oposición a él, un arte pletórico y condenado a la excomulgación. Evitemos en materia artística el fanatismo deista y el fanatismo ateo: sin transigir con la propia e inalienable actitud ante la idea religiosa, tratemos de jugar el arte como un valor en sí: no un instrumento independiente de la vida que se ésta la que lo define y valoriza, pero sí como dueño de una medida distinta a aquella que se aplica al estudiar la hipótesis de un presunto ser divino. El Dios de Tolstoi no ha ahogado su arte; ni el de Pascal sofocó su mensaje, ni el de Dante ha borrado la Divina Comedia.

HACIA UNA MORAL FUNDAMENTALMENTE CIENTÍFICA

Cuando la primera chispa de la inteligencia brilló en el cerebro del hombre, rompiendo el velo de la oscuridad en que le tenía sumido la ignorancia, se produjo el momento metamorfoso, en el cual pasó de animal irreflexivo a ser pensante. No menos agitada fue su existencia en las épocas sucesivas, cuando, teniendo ya suficiente capacidad para conocer el miedo, no tenía la suficiente para conocer el origen de los mil fenómenos que le rodeaban, ni para preservarse de las continuas acometidas de estos haciéndole sentir, en sus propias carnes, los aflados colmillos del frío y del hambre unas veces, y de la muerte otras.

En esa precaria posición de terror y de incertidumbre donde tiene su origen la moral y todo cuanto el hombre posee de inhumano y de humano. Fue entonces cuando por primera vez, al levantar la cabeza para ser éste el momento, dio cuenta de su pequeñez y en un esfuerzo supremo incorporó sobre las extremidades inferiores potencias dadas. En tal posición, contempló infinito en todo su alrededor, y contrayendo todo su cuerpo en gesto amenazador, ejerció todo el odio de su impotencia.

A partir de ese día, el hombre (rey de los animales) declaró la guerra a la naturaleza. Las batallas sin cuartel, cada vez más fuertes. A simple vista, es el hombre quien va ganando terreno. ¿Quién será el vencedor? No se sabe. Lo que sí es fácil que en el triunfo del hombre, de ser éste el vencedor, la tierra salte atomizada y en ella pereza el hombre con todo su orgullo, igual que el ratón que enajulado quemara.

Nacido el entendimiento, los hombres se agruparon entre sí para llevar a cabo sus interminables contiendas. Sus relaciones con los demás son regidas por la moral, que entonces ya ejerce sus verdaderas funciones. Las creencias se acrecientan en él; las quimeras son de más en más numerosas. Los fetiches aparecen por doquier, trayendo consigo el bien o el mal. La fealdad de los pueblos está a expensas de los brujos y hechiceros.

La autosuperación intelectual

(Viene de la página 1)

quir y averiguar la aspiración legítima de que su actuación responda a un criterio de justicia distributiva, y el ansia nobilísima de combatir a los malos, a quienes con nosotros laboran y conviven, sufriendo y gozando.

El deseo de perfectibilidad, para cuantos anhelamos un mejoramiento social, es el gran móvil de la existencia humana. Es el gran motor de los ideales, porque, sobre ser el más racional, compendia todos nuestros ensueños, pues, asimismo, es el que puede dinamizar nuestra actividad exterior, ya que nos hace ir y nos lleva a darnos por completo, cuando en ello ponemos el alma y la vida, el laborar sin descanso por el incorporado al acervo común cada uno de los hermosos postulados melioristas. La obra más alta jamás renovada y cultural que pueda realizar es, por consiguiente, desarrollar con amplitud el intelecto de los productores. El intelecto concibe el más leve perfeccionamiento si no se consigue la autosuperación intelectual. Si estamos satisfechos, por ignorancia o cortadía, de como somos, no nos inquietan los defectos que nos pesaban, pero, cuando los defectos que más nos inquietan para conducirnos con gallardía e hidalga generosidad.

HACE ya mucho tiempo que la Humanidad ha querido desentrañar el misterio que envuelve a la existencia humana y a las incógnitas fundamentales del ser, y, sobre todo, resolver el tan importante problema moral, sin que, hasta el presente, haya visto coronados sus deseos, con el éxito positivo que algunos creyeron poder alcanzar mediante la religión y la filosofía. Esta inquietud por encontrar, de una vez y por todas, la verdadera esencia de la fuerza moral y hacer luz en las cuestiones más intrínsecas de la vida, fue lo que indujo a las religiones primero y a la filosofía posteriormente, a realizar esas grandiosas construcciones metafísicas que hoy, por la falsedad de sus cimientos, se están derrumbando estrepitosamente, pese a los desmesurados esfuerzos y transformismos de última hora de los que todavía se empeñan por sostenerlos en pie.

Los filósofos de la antigüedad, al igual que los teólogos, pretendieron hacer de sus especulaciones metafísicas, sistemas morales indestructibles; quisieron realizar la felicidad humana mediante la práctica de sus personales doctrinas; creyeron, por último, haber encontrado la solución a la esencia absoluta del intrínseco problema de la moralidad humana, y haber resuelto definitivamente todas las incógnitas del ser; pero al caer en el mismo error que las religiones, la filosofía también fracasó. Y su fracaso fue más estrepitoso, pues ella, que se consideraba así misma como el resultado de una conquista espiritual, debería de haber limitado sus pretensiones al real alcance de nuestro conocimiento, y no dar, en la forma tan atrevida como él, las personales concepciones, como los teólogos, de las últimas, creyendo que con la sola labor a priori, por ellos realizada, era suficiente para llegar a establecer la verdadera esencia, y mucho menos la real solución, de tan graves problemas, sin antes someterlos a una rigurosa crítica, para poder, al fin, adquirir la validez necesaria para su aceptación.

La afirmación de la idea de lo absoluto implica lógicamente la negación de la libertad, la proscripción de la dignidad humana. Los filósofos al querer alcanzar el progresivo avance del conocimiento sobre barreras infranqueables, al dar a sus «verdades» la calidad de absolutas e insuperables, se convirtieron en absolutistas en grado sumo, estériles, y, sin quererlo, se transformaron en enemigos del progreso, de la verdad y del mismo pensamiento. Estos mal llamados buscadores de la verdad, sienten, aunque no lo digan, una completa

La filosofía aparece derribando aque-
lla creencia mágica y elevando el
estado espiritual a un grado superior,
mas en su marcha investigadora se in-
terna tanto en las profundidades de lo
desconocido, que pierde el norte, las
trazas de la ruta segura, y vuelve a in-
currir en el fatal confusiónismo, no apor-
tando ninguna concreción a los proble-
mas planteados. Es por lo cual que la
filosofía es deficiente y falta de los ma-
teriales necesarios para edificar sólidas.

Las razones expuestas nos aconsejan
no fiarnos demasiado de ella y por el
contrario hacer que nuestras doctrinas
sean fundamentalmente científicas e in-
construibles.

«Marx ya quiso hacerlo, cuando ca-
lificó a su socialismo de científico; pero
como vivió de ciencia, lo fué sólo de
nombre».

Hemos de tener en cuenta que las
ciencias en general han llegado a un
grado elevadísimo. Hasta hace muy po-
cos años se pronosticaba que jamás se
llegaría a desintegrar el átomo. Hoy, su
desintegración es un hecho palpable y
prácticamente demostrado. ¿Quién se
atreve a negar que nuestros físicos no
descubrieron el origen de la materia, y
de la vida? Como Buchner ya dejó en-
trever en su magnífica obra titulada

«Fuerza y materia». Habrá hecho más
de la ciencia en el grado de la civiliza-
ción y de la superación moral del
hombre que todos los filósofos habidos
y por haber.

Es verdad que la moral—como todas
las cuestiones relativas al hombre—tiene
características que difieren aparentemente
y que en sí forman un conjunto ar-
monioso, cuando ésta se estudia bajo el
punto de vista colectivo y solamente se
refiere al individuo.

En el primer caso, los fenómenos
psíquicos o variaciones evolutivas se
realizan de una manera paulatina y a
base de generaciones sucesivas, mientras
que en el segundo, los fenómenos son
más radicales y sensibles.

Pocos son los hombres cuya moral se
mantiene idéntica hasta el fin de su
vida. El estado físico, la juventud, la
vejez, etc., son elementos que influyen
en la moral, llegando a cambiarla completa-
mente.

Antes de terminar, he de añadir a lo
ya expuesto, que en tanto que huma-
nos, no debemos en ningún momento
hacer dejación del espíritu altruista y
humanista, anteponiendo los intereses
materiales al amor y a la solidaridad.
De lo contrario, llegaríamos a paten-
tarnos los indios de las islas Yidji,
que instan a los padres ancianos «cuan-
do ellos mismos no se dan la muerte»,
para no soportar su carga.

Un teatro bien dirigido y orientado,
hace más que cien lecciones particu-
lares. ¿Una exageración esto? No. El te-
atro es acción y reproducción de la vida
social o debe de serlo, porque es un
modo esencialmente instructivo y huma-
no que se expone a la crítica del pú-
blico, y le abre poco a poco los ojos
y los oídos, para que vea y oiga la
opinión de aquellos que intelectualem-
te predisponen al auditorio a que re-
ciba alguna enseñanza moral. No creemos
nosotros que la acción adoptada por el
grupo aludido responda a una línea
de conducta, sino a la falta, quizás, de
medios de representación y, en este
caso, lo lamentamos de verdad, porque
habría ocasión de actuar y ver otros
de otros caracteres, que son precisamente,
las que se notan a flotar.

Lo que sí puede hacer el «Grupo
Cultural Popular», es buscar obras que,
al ser de ambiente burgués, reúnan
condiciones que se aproximen a una
vida más libre y a una sociedad de
menos prejuicios, seguros de que la en-
contrará. Todo es cuestión de proponer-
selo uno. Hay mucho escrito, y entre
ese mucho, se encuentra también lo que
apuntamos en este modesto trabajo.

Es triste, lo repetimos, que no se vea
ninguna innovación en lo que va de
temporada, dándonos siempre el mismo
plato. Conozco siempre lo mismo, cuan-
do no animo nada contra el mencio-
nado grupo artístico, nada en absoluto,
porque reconozco el tesón y la volun-
tad de todos los compañeros de en-
carnar el personaje lo mejor posible,
de poner a contribución de los compa-
ñeros que luchan en España, contra la

«Fuerza y materia». Habrá hecho más
de la ciencia en el grado de la civiliza-
ción y de la superación moral del
hombre que todos los filósofos habidos
y por haber.

Es verdad que la moral—como todas
las cuestiones relativas al hombre—tiene
características que difieren aparentemente
y que en sí forman un conjunto ar-
monioso, cuando ésta se estudia bajo el
punto de vista colectivo y solamente se
refiere al individuo.

En el primer caso, los fenómenos
psíquicos o variaciones evolutivas se
realizan de una manera paulatina y a
base de generaciones sucesivas, mientras
que en el segundo, los fenómenos son
más radicales y sensibles.

Pocos son los hombres cuya moral se
mantiene idéntica hasta el fin de su
vida. El estado físico, la juventud, la
vejez, etc., son elementos que influyen
en la moral, llegando a cambiarla completa-
mente.

Antes de terminar, he de añadir a lo
ya expuesto, que en tanto que huma-
nos, no debemos en ningún momento
hacer dejación del espíritu altruista y
humanista, anteponiendo los intereses
materiales al amor y a la solidaridad.
De lo contrario, llegaríamos a paten-
tarnos los indios de las islas Yidji,
que instan a los padres ancianos «cuan-
do ellos mismos no se dan la muerte»,
para no soportar su carga.

Un teatro bien dirigido y orientado,
hace más que cien lecciones particu-
lares. ¿Una exageración esto? No. El te-
atro es acción y reproducción de la vida
social o debe de serlo, porque es un
modo esencialmente instructivo y huma-
no que se expone a la crítica del pú-
blico, y le abre poco a poco los ojos
y los oídos, para que vea y oiga la
opinión de aquellos que intelectualem-
te predisponen al auditorio a que re-
ciba alguna enseñanza moral. No creemos
nosotros que la acción adoptada por el
grupo aludido responda a una línea
de conducta, sino a la falta, quizás, de
medios de representación y, en este
caso, lo lamentamos de verdad, porque
habría ocasión de actuar y ver otros
de otros caracteres, que son precisamente,
las que se notan a flotar.

Lo que sí puede hacer el «Grupo
Cultural Popular», es buscar obras que,
al ser de ambiente burgués, reúnan
condiciones que se aproximen a una
vida más libre y a una sociedad de
menos prejuicios, seguros de que la en-
contrará. Todo es cuestión de proponer-
selo uno. Hay mucho escrito, y entre
ese mucho, se encuentra también lo que
apuntamos en este modesto trabajo.

Es triste, lo repetimos, que no se vea
ninguna innovación en lo que va de
temporada, dándonos siempre el mismo
plato. Conozco siempre lo mismo, cuan-
do no animo nada contra el mencio-
nado grupo artístico, nada en absoluto,
porque reconozco el tesón y la volun-
tad de todos los compañeros de en-
carnar el personaje lo mejor posible,
de poner a contribución de los compa-
ñeros que luchan en España, contra la

OTRO FESTIVAL EN BURDEOS EL POETA Los PRINCIPALES a Particulon inventos de los antiguos MEXICANOS

Aún me quedan muchas cosas
que pudiera decir; aun abunda co-
piosa variedad de temas; mas las
bromas ligeras son agradables;
inmoderadas, disgustan.

Por lo cual, hoy, Particulon, va-
rón de altas virtudes, tu nombre
vivirá en mis escritos mientras
estén en honor las letras latinas.

Apreña, pues, si no, mi inge-
nio, al menos mi brevedad, tanto
más recomendable cuanto que los
poetas son cada vez más mo-
lestos.

En Lourdes, el día 7 del corriente,
tengo lugar una representación teatral,
a cargo del cuadro artístico local
«Floreas» y a beneficio de S.I.A., bajo
el siguiente programa:

«Los demonios en el cuerpo»,
de Echegaray.

2º «El primer Rorro», de Antonio
Padres y Joaquín Linares.

3º Tercer lugar un sorteo a la ameri-
cana de un cuadro donado a los or-
ganizadores por el pintor Zúrate, titu-
lado «La Cascada de las Goriottes»
(H-P) y artísticamente encuadrado
por el compañero Aguado (Hijo).

4º Exhibición de danzas modernas a
cargo del compañero Gilbert, con las
alumnas Mari, Casfor y Vireau.

5º Canciones populares francesas y
españolas a cargo de los ejecutantes
Castillo, Aguado y el intérprete Jorge
Santana.

Para finalizar la fiesta tuvo lugar
un animado baile, que fue agrado
del numeroso público que asistió y
aplaudido la magnífica interpretación de
todos los actuantes, en la diversidad
de sus papeles.

Resumiendo: satisfacción de todos
los integrantes del grupo «Floreas»,
los cuales se ponen a disposición de las
locales del departamento, que tengan
a bien pedir su concurso, para celebrar
otras representaciones.

Agradados momentos pasados por
parte del público durante toda la re-
presentación.

Se recordará que al producirse la
guerra de España, se vió con el an-
tiguu líder fascista belga León Degrelle.
En consecuencia, el grupo parlemen-
ta socialista designó una delegación
para que se reuniera con el jefe del
Gobierno, M. Pholien, para insistir que
Bélgica no envíe embajador a un país
que alberga a criminales de guerra
belgas.

Se recordará que al producirse la
guerra de Bélgica, Degrelle escapó
de una avioneta y aterrizó en la playa
de San Sebastián. Las autoridades fran-
cesas lo recibieron en el Hospital mili-
tar de la capital donostiarra, y al per-
dir el Gobierno belga su extradición,
Degrelle desapareció en fuga prepara-
da por los propios franceses.

A los pocos días el Gobierno de Ma-
drid contestó a Bruselas que Degrelle
«había abandonado el territorio espa-
ñol». Sin embargo, durante estos últi-
mos años la había visto en varias ver-
siones localizando en distintas ciudades es-
pañolas. Otras referencias, le situaban
escondido en América del Sur.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

Aún me quedan muchas cosas
que pudiera decir; aun abunda co-
piosa variedad de temas; mas las
bromas ligeras son agradables;
inmoderadas, disgustan.

Por lo cual, hoy, Particulon, va-
rón de altas virtudes, tu nombre
vivirá en mis escritos mientras
estén en honor las letras latinas.

Apreña, pues, si no, mi inge-
nio, al menos mi brevedad, tanto
más recomendable cuanto que los
poetas son cada vez más mo-
lestos.

En Lourdes, el día 7 del corriente,
tengo lugar una representación teatral,
a cargo del cuadro artístico local
«Floreas» y a beneficio de S.I.A., bajo
el siguiente programa:

«Los demonios en el cuerpo»,
de Echegaray.

2º «El primer Rorro», de Antonio
Padres y Joaquín Linares.

3º Tercer lugar un sorteo a la ameri-
cana de un cuadro donado a los or-
ganizadores por el pintor Zúrate, titu-
lado «La Cascada de las Goriottes»
(H-P) y artísticamente encuadrado
por el compañero Aguado (Hijo).

4º Exhibición de danzas modernas a
cargo del compañero Gilbert, con las
alumnas Mari, Casfor y Vireau.

5º Canciones populares francesas y
españolas a cargo de los ejecutantes
Castillo, Aguado y el intérprete Jorge
Santana.

Para finalizar la fiesta tuvo lugar
un animado baile, que fue agrado
del numeroso público que asistió y
aplaudido la magnífica interpretación de
todos los actuantes, en la diversidad
de sus papeles.

Resumiendo: satisfacción de todos
los integrantes del grupo «Floreas»,
los cuales se ponen a disposición de las
locales del departamento, que tengan
a bien pedir su concurso, para celebrar
otras representaciones.

Agradados momentos pasados por
parte del público durante toda la re-
presentación.

Se recordará que al producirse la
guerra de España, se vió con el an-
tiguu líder fascista belga León Degrelle.
En consecuencia, el grupo parlemen-
ta socialista designó una delegación
para que se reuniera con el jefe del
Gobierno, M. Pholien, para insistir que
Bélgica no envíe embajador a un país
que alberga a criminales de guerra
belgas.

Se recordará que al producirse la
guerra de Bélgica, Degrelle escapó
de una avioneta y aterrizó en la playa
de San Sebastián. Las autoridades fran-
cesas lo recibieron en el Hospital mili-
tar de la capital donostiarra, y al per-
dir el Gobierno belga su extradición,
Degrelle desapareció en fuga prepara-
da por los propios franceses.

A los pocos días el Gobierno de Ma-
drid contestó a Bruselas que Degrelle
«había abandonado el territorio espa-
ñol». Sin embargo, durante estos últi-
mos años la había visto en varias ver-
siones localizando en distintas ciudades es-
pañolas. Otras referencias, le situaban
escondido en América del Sur.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.

En la interpretación se distinguieron
los compañeros de la Calle, que hizo
un Exuperio de verdaderos ambiente mu-
dialista, destacándose la caracterización
del rol al personaje.



Monín presumía y se enorgullecía afirmando haberse salvado del naufragio del «Titanic».

- ¿Estaba Vd. a bordo? - le pregunta admirado un señor.
- ¡Hombre - exclama Monín -. Si hubiera estado a bordo no me hubiera salvado.



Kiko viajaba en el tren, pasa el revisor y Kiko diligen- dose a él le pregunta:

- Perdóne. ¿Tendría la bondad de decirme adonde voy?
- Pero, ¿tu no sabes donde vas?
- No... ¡He perdido el billete!



LES ANIMAUX JOINT COMME LES HOMMES

IL ne faut pas croire que les hommes aient seuls inventé les moyens de se distraire. Bien au contraire, ils n'ont fait souvent — comme dans la danse, par exemple — qu'imiter les mouvements de certains animaux. Car ces derniers, du haut en bas de l'échelle des êtres, savent jouer, ce qui prouve clairement que l'homme n'a pas, dans la création, le monopole de l'intelligence!

Parmi les bêtes employant les formes d'amusement qui se rapprochent le plus des nôtres, il faut naturellement citer les singes, dont le corps est d'ailleurs spécialement constitué pour le mouvement.

Le saut, la course, la poursuite, la lutte, la danse font leur bonheur et ils montrent la maîtrise, l'espérance des enfants. Ils se prouvent bien en jouant les tours les plus compliqués aux personnes qui leur déplaisent ou

auxquelles ils ont des raisons d'en vouloir.

On raconte qu'un babouin, agacé par les taquineries d'un officier, mélangea de la terre de sa cage avec l'eau du récipient dans lequel on lui donnait à boire et en fit de la boue, dont il aspergea tout le costume flambant neuf de l'imprudent militaire. Un autre singe arracha le mouchoir d'un jeune moqueur, imita sa façon de se mouchoir, puis se coiffa du mouchoir, le rejetant en arrière de la même façon dont était posé le chapeau sur la tête du monsieur tout en «singant» (c'est bien le cas de le dire) les protestations furieuses de sa victime. Enfin, las de ce jeu, il déchira en lanières, avec ses dents, le carré d'étoffe, en jetant les morceaux à la figure du personnel, l'espérant ainsi faire mine de se moquer de lui.

On sait que le grand plaisir des chevaux est de jouer à la course dans le seul but de se dépasser les uns les autres, comme ils le font tous, qu'ils soient encore sauvages et libres, ou domestiqués. Ils font preuve, à ces moments-là, du même sentiment de rivalité que les hommes, n'hésitant pas à barrer la route à leurs concurrents, à les mordre ou à leur donner un coup de sabot pour les empêcher d'arriver les premiers. Aussi le dressage que leur fait subir l'homme développe-t-il beaucoup cet instinct, ce

qui explique l'entente parfaite existant souvent entre le cavalier et sa monture. Tous les amateurs de polo — ce si joli sport — l'ont expérimenté. Le cheval n'hésite pas passivement à celui qui le monte. Il prend un intérêt vé-

ritable à la partie, puisqu'il prévoit souvent et exécute la manœuvre nécessaire avant que le cavalier la lui ait commandée.

Mais la forme de jeu la plus curieuse à étudier chez les animaux est encore la lutte.

Les ours polaires semblent des ennemis acharnés, prêts à s'entredévorer. Pourtant, ils ne se feront aucun mal. Il faut donc qu'ils soient doués d'une intelligence et d'une volonté qui réprimant leurs élan et les empêchent de blesser sérieusement leur adversaire.

Voyez un chat se battant, par jeu, avec un singe. Comment se fait-il que le matou, se sentant le plus faible, n'essaye pas de griffer ou de mordre véritablement le quadrupède pour l'empêcher de conserver son avantage? Y a-t-il à là un mystère que ne peut expliquer le simple instinct de l'animal.

Quant à la danse, elle a les fa-

veurs de beaucoup de bêtes, et de leurs attitudes et de leurs mouvements que les peuples primitifs s'inspirent pour imaginer leurs premières figures de danse.

Les véritables maîtres, en cet art, se rencontrent chez les oiseaux. Certains espèces se livrent entre elles à des exercices réglés et compliqués comme ceux d'un ballet. Les grues, notamment, se réunissent pour de véritables bals où les couples tourment en mesure, puis se font face, avancent, reculent, se saluent comme si elles exécutaient un quadrille.

C'est que le jeu est un besoin aussi nécessaire à l'animal qu'à l'homme pour détendre ses muscles.

Faisons donc du sport, sans exagérer, cependant, nous modérant sur nos amies les bêtes qui ne vont, elles, jamais au delà de leurs forces.

Quant à la danse, elle a les fa-

LAS AVENTURAS DE NONO PRIMERA AVENTURA

(Continuación.)

Vistiblemente fatigado ya, sus esfuerzos eran cada vez menos vigorosos y más espaciados; mientras, colocado a conveniente distancia, un gorrin agachaba su pico en la rama que le sonaba esperando el momento oportuno para lanzarse sobre aquella presa que tenía por suya.

Nono corrió al espino, espantó al gorrin y desmenuzó cuidadosamente al insecto, que él era un hermoso carabo de las jirafas, de aquellos que ostentan élitros de verde dorado y reflejos metálicos del más gracioso aspecto.

El solador puso el insecto en el suelo, y el bichillo, pasando sus patas delanteras sobre sus antenas, pateó como si se diera un agredido sentido antes de desaparecer entre la hierba.

Nono continuó su marcha.

En el ángulo de una sendita que se inclinaba hacia la izquierda, él otra vez un pinzón en la rama de uno de los árboles que la bordeaban. Parecía esperarle, y en cuanto se acercó Nono, el pájaro voló en la dirección del nuevo camino.

Abandonó nuestro amigo la senda para seguir al pájaro; pero éste había mudado las alas, se elevó rápidamente y fué a situarse en un árbol más lejano.

—¡Me tienes miedo?—dijo Nono hablando más bien consigo mismo que con el pájaro.

Como si hubiese comprendido, vino a revolotear alrededor de él, y prudente siempre, aunque se pasó un instante su hombro, levantó otra vez su vuelo y fué a pararse más lejos.

Nono hallábase completamente desorientado y siguió al animalito, toda vez que cualquiera dirección le era indiferente; así llegaron a un claro a cuyo extremidad había un montón de rocas rojas cubiertas de líquenes, musgos y zarzas.

Por una de aquellas rocas filtrábase un manantial de agua clara y viva, que descendía en murmurantes cascadas sobre una serie de gradas para caer en una especie de pilón natural formado por el trabajo combinado del agua y del tiempo, de donde salía luego en impetuoso arroyo que serpenteaba a través del claro para perderse en el bosque. Un magnífico abedul, de corteza plateada, se alzaba en una grieta de la roca, le cubría con su delicado follaje, que como la cabellera de una hijadita llorosa.

Nono corrió a la fuente y se arrojó para saciar con sus manos el agua, que bebía con avidez, y que le pareció la más deliciosa de las bebidas.

—¡Hay que convenir—pensó Nono—, que sin el pinzón no hubiera dado con esta fuente; por seguirle abandoné mi primer camino. Buscaba entonces por todos lados para manifestarle su gratitud, pero el pájaro había desaparecido del pilón, corriendo innecesario riesgo de ser arrebatado por la corriente, a pesar de sus inútiles esfuerzos, donde seguramente pereciera sumergido. Con su canto atrajo Nono al animalito y, acudiendo al agua, le colocó delicadamente sobre la hierba al sol, para que se secase, parándose a contemplarla, a pesar de las tiradas del estómago recordándole que el hambre no había sido satisfactorio.

Durante un momento el insecto se arrojó pesadamente sobre la hierba, con el cuerpo pegado por la humedad, las alas pegadas con el contacto del agua y pudiendo apenas sostenerse sobre sus patas. Después fué recorriendo poco a poco la libertad de sus movimientos, y pudo pasar las patas traseras sobre las alas para secarlas, y por último, cuando se sintió fuerte y a su

gusto, levantó el vuelo y se lanzó zumbando al espino.

Pero, cosa extraña, al ríto, asombrado, percibió que aquel zumbido tomaba forma de lenguaje. Juraría que el insecto le decía: «Sígueme ahora, que yo te guiaré donde puedas saciar tu hambre».

Nono sabía que los insectos no hablaban; pero había leído tantas libros de cuentos en que hablaban los animales, y había recitado tantas fábulas en la escuela en que no solamente hablaban los animales, sino hasta los insectos más insignificantes, y aún las plantas y los minerales, haciendo discursos que muchos seres humanos son incapaces de producir por sí solos y con tal prudencia—cuando en los tales discursos hay prudencia verdadera—, que no había en realidad de qué asombrarse.

Por lo mismo nuestro hambriento no se admiró gran cosa, no de oír hablar a la abeja—no estaba muy seguro de que le hubiese hablado lo que quedaba dicho, inclinado más bien a que era producto de la propia imaginación—, sino de que pudiera haberlo dicho.

Siguió, pues, a la abeja muy animado, toda vez que el vuelo del insecto le permitía seguirle muy fácilmente.

Abandonaron el bosque que comenzaba detrás de las rocas de la fuente y llegaron a un valle atestado de flores de los campos. Cuantas variedades florecen en épocas diferentes se encontraban allí reunidas y en plena floración.

Anapolas de rojo deslumbrador, poéticos no me olvides de azul celeste al lado de hiniestas de flores de suave anilino de oro, campánulas de morado obscuro junto al corrimón de las digitales, formaban encantadores grupos de variadísimos matices por los efectos de luz y sombra producto de su propia coloración.



—¿De nuevo has tocado la confitura? Serás castigado a no comerla en los postres.

—Tu también, papá. Me la he comido toda.

El romero, la alisilucena, el hinojo, la hierba buena silvestre y muchas especies aromáticas embalsamaban el ambiente con la intricada combinación de sus perfumes; mientras que las violetas, modestamente ocultas bajo las hierbas y arbustos, los narcisos, juncillos y jacintos formaban tapices de caprichosos dibujos y variados colores, y las trepadoras con la pasionaria a la cabeza conquistaban las alturas de los árboles completando aquel cuadro maravilloso.

Nono se detuvo encantado, sin preguntarse cómo podía ser que todas aquellas flores se abriesen al mismo tiempo; porque bien mirado, a los nue-

ve años, nadie está obligado a poseer los conocimientos propios de un filósofo, y para él, lo mismo era verla leer y su presencia como leerla en la obra de un novelista a la moda.

Nunca había visto nuestro amigo tantas flores juntas, y si no pudo por obra su primer intento de recoger un ramillete para su colección, no fué por falta de voluntad, sino por miedo de que se presentase un jardinero regañón o un guardia mal encarado que le echasen mano y lo arrojasen de allí ignominiosamente; tan pequeña y todo se conoce que ya sabía cómo las gastan la propiedad y la autoridad.

Además, que, preciso es recordarlo, el hambre le exigía satisfacción con urgencia.

La abeja que él a Nono determinase, retrocedió para zambur un poco más fuerte cerca de él, y nuestro hambriento comprendió de nuevo su marcha guiado por el vuelo del insecto, que se dirigió hacia un árbol a cuyo rededor revoloteaban confusamente gran número de abejas, las cuales se adelantaron hacia la que llegaba en cuanto la vieron.

Observó que en cuanto le acercaron cesaron en su zumbido de guerra y entonaron otro más dulce como para darle la bienvenida y quejarse por haberla dejado apenas por su larga ausencia.

Nono pasó por alto aquellos detalles y recordó en cambio las historias de aquellos que, demasiado temerarios, pagaron con horribles sufrimientos la imprudencia de aproximarse demasiado a la habitación de aquellos irascibles insectos. Para como de desgracias, entre aquellas era víctima de bichos todos iguales, sin distinción de forma ni de color, era imposible reconocer a su guía, y, perdida toda esperanza, se tiró sobre un tronco dando interrogando angustiosamente al porvenir.

III

INSTRUIRSE VIAJANDO

NADA tenía de alegres las reflexiones de nuestro amigo: «¿En qué país estaba? ¿Encontraría comida? ¿Estaba destinado a morir de hambre, o, nuevo Robinson, se veía obligado a pasar su vida lejos de todo semejante?»

Robinson, al menos, en su naufragio pudo sacar armas, herramientas, cacería y abastecerse a una isla próspera de caza y frutos comestibles; pero Nono, en su pánico, aparte de los pajarrillos, nada consiguió para comer, y era cuanto a herramienta o arma, sólo tenía un cortaplumas inútil para derribar árboles, serranillos y para cazar un gorrin al vuelo.

Y colecciona siempre al punto de partida de sus reflexiones: «¿Por qué se encontraba solo? ¿Dónde estaban sus padres, sus hermanos, su familia? ¿Dónde había en esto un misterio incomprensible?»

Completamente absorbido en estas reflexiones, Nono se desinteresaba de cuanto ocurría a su alrededor, cuando llamó su atención un zumbido fuerte y prolongado que producía una abeja revoloteando a su alrededor.

Y, nueva admiración de Nono, por aquel zumbido, pronto confuso e indistinto, tomaba poco a poco forma de lenguaje inteligible y parecía decirle: «—Calma tu pena, no te abandonaré. Ven a mi lado, si me necesitas, y te presentaré a nuestros amigos que te consolarán en tu angustia, te ayudarán en tu necesidad.»

Levantó Nono la cabeza y reconoció a su protegida que le hacía signos que comprendió perfectamente: la abeja le indicaba que se levantara y la siguiera. Obedeció sin vacilar: le cantó y siguió a su guía, que se dirigió al árbol que sería de columna; pero a medida que se le aproximaba, el cielo tronco iba perdiendo su forma, atenuándose sus contornos, transformándose su aspecto, y cuando Nono estaba a poca distancia, se le presentó un magnífico edificio sobre una amplia terraza a la cual se subía por amplia y señorial escalinata de mármol.

(Continuación.)

LA MARIPOSA Y EL CARACOL

Aunque te haya elevado la Fortuna Desde el polvo a los cuernos de la Luna, Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio, Tanto como eres grande, serás necio.

¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?— No se habla de ese modo a un personaje.— Pues haz cuenta, señor, que no me oíste, Y escucha a un Caracol: vaya de chiste.

En un bello jardín cierta mañana Se puso muy ufana Sobre la blanca rosa Una recién nacida Mariposa. El sol resplandeciente Desde su claro Oriente Los rayos esparcía: Ella a su luz las alas extendía, Sólo porque envidiaban sus colores Manchadas aves y pintadas flores. Esta vana, preclara de belleza, Al volver la cabeza Vió muy cerca de sí, sobre una rama, A un pardo Caracol. La bella dama irritada exclamó: «¿Cómo, grosero, A mi lado te acercas? Jardinero, ¿De qué sirve que tengas con cuidado El jardín cultivado, Y guardes tu desvelo La rica fruta del rigor del hielo, Y los tiernos botones de las plantas, Si ensucia y como todo cuanto plantas Este vil Caracol de baja esfera? O mátese al instante, o vaya fuera.— Quien ahora te oyes, Si no te conociese, Respondió el Caracol, en mi conciencia, Que pudiera temblar en tu presencia. Mas dime, miserable criatura Que acabas de salir de la basura: ¿Puedes negar que aun no hace cuatro días Que gustosa solías, Como humilde reptil, andar conmigo, Y yo te hacía honor en ser tu amigo? ¿No es también evidente Que eres por línea recta descendiente De los «Orugas», pobres hilanderos, Que, mirándose en cueros, De sus tripas hilaban y tejían Un fardo, en que el invierno se metían, Como tú te has metido, Y aun no hace cuatro días que has salido? Pues si este fué tu origen y tu casa, ¿Por qué tu ventolera se propaga A despreciar a un Caracol honrado? El que tiene de vidrio su tejado Esto logra de bueno Con tirar las pedradas al ajeno»

¡Hemeroteca Genética CEDOC SAMANIEGO.